

“BERTO, EL ENAMORADO”.

**Cuento ganador del premio del Botillo.
Bembibre 1986.**

Autor:

CÉSAR GAVELA

Avenida de Burjassot 9, puerta 27.

46009 VALENCIA.

Móvil: 680 25 30 09.

MARIA BALBOA

Era maestro en Corullón y vivía en una casa rural antigua que él, Berto Pol, había ido reconstruyendo con sus manos y su tiempo espacioso. La finca se llamaba *María Balboa*, el nombre de una chica que pretendió cuando era estudiante de magisterio en Lugo y ella una muchacha hija de panaderos que ayudaba a sus padres en el negocio.

En 1921 María huyó como un pájaro del mundo de Berto Pol, aquel joven alto que le enviaba cartas de amor escritas con tinta roja y firmadas por un ingenuo y misterioso *hombre que compra pan y que te quiere*. Por entonces ya había pensado ella en casarse, que cuanto antes lo hiciera mejor iba a ser para todos, no en vano en su familia las mujeres maduraban pronto y ya había cumplido los diecinueve. Berto nunca se enteró de estos planes de María Balboa y continuó enviando cartas a la tahona. Y continuó mirando como bobo a la mujer aquella que le ignoraba; la mujer cubierta de harina por las mañanas.

María, que se casó con un carpintero de Becerreá, nunca supo que Berto Pol era el autor de aquellos papeles que su padre arrojaba al fuego en cuanto llegaban, sin remite, a la casa de la calle Clérigos.

Los tiempos cambiaron mucho. Vino la Dictadura del general Primo, la Segunda República, la contienda civil después, y por el medio desapareció la panadería, aprobó Berto las oposiciones a maestro de escuela y pasó muchos años recorriendo varios pueblos de Asturias, casi siempre en las zonas mineras. En los primeros años de la postguerra pidió un destino rural y lo logró cerca de Galicia, en Corullón, por el oeste del Bierzo. Allí vivió el maestro

melancólicamente, y a medida que iba considerando que su existencia había sido un fracaso de soledad y divagaciones, rebrotaba en él con más fuerza el recuerdo de María Balboa.

Pero Berto Pol no estaba sólo plenamente, pues bajo el mismo techo trajinaba por las estancias una moza de Albaredos, Verina, que era su criada de huerta y hogar. Verina, diecisiete años cuando llegó a *María Balboa*, vivía muy cerca de la casa con su hermana Custodia, su cuñado Teles Muiño, y sus sobrinos, que eran cuatro, todos varones y con nombres locos y parecidos: Pío, Silo, Nilo y Tito.

Verina había venido desde la sierra hasta el valle del Burbia, donde está Corullón, con los ojos bien abiertos, trayendo prendidas en su melena pelirroja tres intenciones que había pensado mucho durante sus largas tardes de pastoreo: ayudar a su hermana Custodia, ganar algún dinero -que por eso atendía la casa de Berto Pol- y encontrar un marido trabajador y que fuera tan callado como Teles Muiño, su cuñado, que así era como le gustaban los hombres.

María Balboa era una morada amplia, hecha de piedra noble, con un inmenso escudo de armas sobre la fachada. El último vecino que la habitó, un señor soltero que tuvo gran afición a la cetrería, don Fermín Beberino, la dio en testamento a la Iglesia a comienzos de siglo, por ver si así salvaba su alma, asunto difícil según el decir de los párrocos de la comarca. Cuando Berto Pol se la compró al obispado en el año 1949 allí sólo quedaba un penacho de muros ruinosos, maltratados por el olvido y la desidia, una cuadra llena de piedras y el huerto convertido en impenetrable zarzal. Fue necesario recomponer aquellas paredes, sustituir vigas y ventanas, restañar el tejido de la fachada, podar la selva del huerto, reparar el suelo de madera y colocar un tejado nuevo de pizarra, que fue el gasto más costoso.

Mientras el maestro iba dándole forma a su desbaratado domicilio, dudando a veces si había merecido la pena enterrar todos sus ahorros en

aquel proyecto extravagante, vivía como huésped en casa de Custodia y de su marido Teles Muiño, que era de profesión labrador.

Entonces Verina era una niña flaca, peinada con coletas rubias, que pasaba los veranos con su hermana, jugando con los primeros sobrinos, Pío y Silo, tirando piedras a los pájaros y bañándose en las aguas frías del Burbia en las tardes de agosto.

En 1953 Berto Pol comenzó a vivir en *María Balboa*. La casa recuperada del derrumbamiento fue llenándose, pacientemente, de trastos que eran cada vez más queridos para su único vecino. El maestro siempre había vivido de prestado, en fondas de Lugo, con patronas en Asturias o en la casa de Custodia y ya quería saberse dueño de una casa propia. Y para no sentirse sólo nunca más, Berto Pol llevó a *María Balboa* todos los cachivaches imaginables.

A los sesenta y ocho años de su vida y a los cuarenta y cinco de su oficio de profesor, supo por primera vez del sosiego del hogar propio: aquel navío por el que pululaban los calendarios vencidos, las ristras de ajos, las tazas de loza gruesa, las abarcas pintadas, las castañas pilongas, los ramos de acebo, los garrafones de vino, las manzanas que esparcía por el suelo Berto para que madurasen, los jamones curados, los geranios plantados en tiestos de lata, el inmenso aparato de radio, los arcones con libros forrados de papel de estraza, una foto antigua de la propia María Balboa que encontró una vez tirada por el suelo de la panadería de la calle Clérigos y que no devolvió a su dueña, las botas de la huerta y las botas que el maestro llamaba del mundo, los paraguas, los manojos de llaves, los periódicos apilados en el desván, el traje de paño caro y el traje de pana, los camastros cubiertos con mantas del ejército, el aparador negro de su madre, la imagen de San Froilán, protector de la ciudad de Lugo, las lámparas de minería que le regalaron unos picadores de los pozos de Mieres cuando allí estuvo destinado, las libretas con dibujos y poemas que le dedicaron alumnos suyos, las cartas que le mandaba don Ánxel Fole, las cajas de puros vacías y los aperos de labranza.

Berto Pol, cuando paseaba entre vencido y curioso bajo las ramas de los árboles frutales que fueron medrando en el huerto de su casa, luego de salir de la escuela y de beber un café en la tasca de Abelardo Melezna, se acordaba a veces de María Balboa. “¿Dónde estará María? ¿Qué habrá sido de su cuerpo, de sus hijos si los tuvo, de su marido, aquel bárbaro? ¿Qué pensará de mí si me recordase ahora, hoy mismo, en este momento en que la siento?”

El maestro ignoraba que María había muerto en un parto en Baralla en el último año de la guerra civil, cuando nació su último hijo. Berto Pol, que nunca tuvo oportunidad de saberlo, cruzó toda su vida pensando en las cosas que le diría a María Balboa cuando la volviera a ver de repente, acaso en la feria de orujo de Portomarín, en la romería de Láncara o por los comercios de Monforte de Lemos. Pero nunca la vio.

Berto Pol, cuando se jubiló, tuvo que plantearse en qué iba a gastar su tiempo libre, una cuestión que le alarmaba muchísimo en los últimos años de su docencia de maestro rural y que no supo organizar mientras tenía a los niños sentados en los pupitres, delante de él, esperando su palabra de hombre justo y solitario. El último día de junio de 1966 sus compañeros maestros le rindieron un homenaje en Villafranca. Berto Pol, hijo único de hijos únicos y soltero, no pudo llevar ningún pariente a la ceremonia. Quizá por eso se emocionó incluso más de lo propio en esos trances, y cuando le regalaron un reloj en los postres, tuvo que decir algo en agradecimiento y no fue capaz de articular palabra. Le pudo la ocasión y para sí balbuceó, como un niño un poco tonto, mientras le aplaudían, lo mucho que le habría gustado que en aquel momento estuviese a su lado María Balboa.

Volvió Berto a su casa. Los meses se le fueron viniendo encima, y el maestro comenzó a experimentar, cuando nadie lo esperaba y él menos que nadie, un enorme amor por la vida. Liberado de horarios y de exámenes, desleía su ocio en contemplar el ritmo de las cosechas, en acercarse al pantano del Pelgo leyendo la Biblia, en escuchar la radio hasta muy avanzada la noche, en organizar la venta de sus manzanas, en visitar las casas de sus

antiguos alumnos, donde le invitaban a queso y a cecina, y en tomar café con Custodia y su marido, que cada día estaba más viejo y que seguía con su costumbre de no hablar apenas, “porque hablar, explicarse, digo, es como perder la hombría”.

Berto Pol también consumía sus horas interminables en acudir al médico por cualquier cosa, en ir de compras al mercado de Villafranca, en preparar excursiones hasta el castro de *Bérgidum*, en cobrar recibos por los pueblos de una empresa de seguros de la que se hizo representante, en escribir los estatutos de un club deportivo de la zona y hasta en presenciar como un sacramento los apareos de un célebre semental que tenía en la cuadra su vecino Gervasio Garrán.

Pero Berto Pol consideraba que no podía llenar sólo de aquellas cosas su ancho tiempo de libertad. Era necesario permanecer más horas en *María Balboa* y no estar siempre buscando motivos para ir de viaje o para meterse por los campos y cuestas de Corullón. El maestro fue adquiriendo nuevas aficiones que ensanchaban su tiempo de casa, y una de las que más satisfacción le daba era seguir con la lupa un minucioso mapa de la provincia de Lugo que ya fuera de su padre, también maestro, editado en 1868. Tomando en cuenta las curvas de nivel, el uso de la tierra allí reproducido, la población de los concejos y otros mil datos que obtenía en una abultada Enciclopedia Gallega y en su imaginación a partes iguales, iba decidiendo donde sería necesario abrir nuevas carreteras, mejorar las ya existentes, situar los arciprestazgos, tender vías férreas, crear juzgados, remover el subsuelo buscando plata y levantar enormes presas de cemento para favorecer el regadío de los terrenos yermos.

También leía y releía Berto la historia de su pueblo, Chantada, escrita en un libro voluminoso y satinado obra de Cinto Limiñón, que había sido farmacéutico en la villa cuando el cambio de siglo más o menos. Berto Pol leía cada semana un capítulo de aquella obra intransitable, y así llegó a saber que el arzobispo Gelmírez tuvo una barragana en la pedanía de Camporramiro, una tal Isidora Leboreiro, mujer inmensa y desenvuelta que sabía desarmar a

los caballeros y comprometer a los prelados. También se enteró el maestro Pol en el libro del boticario que el mismísimo Napoleón Bonaparte de Francia había dicho una vez la palabra Chantada en la reunión de generales que precedió a la batalla de Astorga, y que las aguas del río Asma, el río del pueblo de Berto Pol, curaron la sífilis de unos frailes de Oseira que, expulsados del convento por escándalo de lascivia a mediados del siglo XVII, vagaban quejumbrosos por las tierras de Galicia esperando un milagro que nunca llegó del cielo, sino de un río.

Berto Pol no cesó de incorporar nuevas aficiones a sus días de septuagenario adolescente, y lo fue haciendo con una progresión tal que en seguida se vio sometido por su pura voluntad a unos horarios y preocupaciones propios de los oficinistas pluriempleados de las grandes ciudades. Las carnes magras de Berto, que siempre fue flaco, resistían con dificultad el embate de tantas obligaciones, y por la noche caía rengo, sudoroso y agobiado en la cama meditando con angustia sobre los afanes que a la mañana siguiente ya le estaban aguardando. Así no tendría tiempo para morir, lo que menos le gustaba de la vida. Tampoco encontraba ocasión para sus paseos introspectivos por la hierba de su huerto pensando en cómo habría sido su vida si María Balboa hubiera estado siempre junto a él.

Berto Pol pescaba truchas en período legal y apuntaba las que iban al cesto en cada jornada. Dibujaba los cotos más fecundos en su libreta, y las mejores rocas de ribera donde apostarse. Otras faenas del maestro consistían en publicar las crónicas de los plenos municipales en un periódico de León, ayudar a corregir exámenes a los maestros jóvenes, controlar si las viudas recibían al corriente sus pensiones, redactar contratos de inquilinato y borradores de testamento, recorrer las eras aconsejando a quienes estaban en litigio y llevar amarrados de la oreja hasta la escuela a los chavales que sorprendía por las calles y senderos del pueblo en las horas lectivas, asunto que le costó más de un traidor cantazo.

Por ese tiempo fue cuando Verina se casó con el camionero Alejo Alfoz, un hombre hablador y sanguíneo, todo lo contrario que Teles Muiño, el

marido de su hermana Custodia. Berto Pol pronto la echó mucho a faltar porque sin Verina su casa y él mismo se fueron convirtiendo poco a poco en un único almacén de trastos desordenados que vagaban por las habitaciones como inmensos animales que llegaran del monte que nacía junto al huerto de *María Balboa*. En cosa de meses los muebles se movían por allí a su real albedrío: el armario del comedor, un buque de nogal, salió de viaje por toda la casa y a lo último de su recorrido se instaló en la cocina, cerca del fuego aunque sin tentarlo. Las mesitas de noche y el ropero aparecieron un buen día en el cuarto de baño, y cuadros y muebles menores también se ubicaron a su antojo por las estancias, desfigurando su función, que ya de por sí era borrosa incluso en los tiempos en que Verina cuidaba de *María Balboa*. Para que el caos tuviera su guinda, el aparato de radio de don Berto se echó a perder al sumergirse en el aguamanil del dormitorio una mañana de domingo, el libro de Chantada del boticario Cinto Limiñón escapó una tarde por la ventana y los innumerables artefactos que inundaban el desván se desperdigaron por todo el edificio formando un abanico silencioso de extraños bodegones.

Ya no vendría por las mañanas Verina a arreglar aquella casa destartada hasta la locura. Berto Pol, a su vez, ya no tenía fuerzas ni ganas de luchar contra el desbarajuste de los objetos y menos todavía contra la plétora de actividades disparatadas que lo tenían vivo y perdido a un tiempo. Él mismo se sentía como una gigantesca marioneta que alguien movía a su gusto desde el sótano de su casa.

Un día raro en que estaba más triste que nunca, se le ocurrió pensar que Verina se parecía a *María Balboa*. ¿Cómo es que no se había dado cuenta antes en tantos años de compañía leal? se preguntó, luego, excitado y joven de ánimo. Tal vez porque mientras estuvo en su casa Verina, para Berto Pol la única mujer del universo seguía siendo *María Balboa*. No había otra más. *María Balboa* podía con todas las mujeres que se pudieran cruzar por el camino de su obcecación amorosa. El recuerdo de aquella muchacha de Lugo desfiguraba a las demás mujeres, que perdían ante él sus contornos, su color, su carácter, su talle y su mirada. Pero nadie podría negar que tanto Verina como *María Balboa* eran altas, pelirrojas, de ojos azul oscuro, delgadas,

introvertidas, con rasgos que él tenía por célticos. Incluso se debían parecer también en otras proporciones más íntimas y presentidas.

Berto Pol no quiso buscarse otra criada de mañanas. Dejó que los muebles se hicieran definitivamente con el poder en su casa y él, huyendo de la muerte y de la amenaza de una quietud preñada de peligros, se lanzó a incrementar sus empresas de jubilado con nuevos desvelos. Cuantos más hacía, más planificaba y resolvía con entusiasmo. Dio así en escribir a veces los sermones del cura, en aceptar la llevanza de las cuentas de un molino de Vilela y en presidir una asociación de bienhechores.

Pero entre tanto, Berto Pol también encontró de pura casualidad una gran afición secreta a la que entregarse con lo mejor de los días del otoño de su vida.

Tenía lugar este atrevimiento por las noches del tercer verano de su jubilación. Sin que nadie lo viera, subía por las ramas de una inmensa higuera que crecía seis metros delante de la casa y de la alcoba de Verina y de su marido el camionero Alejo Alfoz, hombre muy atareado que no podía pernoctar siempre con su esposa por hallarse de viaje a muchos kilómetros del pueblo. Berto Pol sabía bien cuáles eran esas noches de estío en las que Alejo Alfoz no andaba en la casa porque su mujer acostumbraba dejar abierta la ventana toda la madrugada para disfrutar del rumor del monte, del aroma de las madreselvas y de la luminosidad de la luna.

Al otro lado de la pieza, oculto entre la vegetación y la penumbra, sabía Verina que estaba el maestro esperando el reclamo de siempre, la ventana vencida. Pero Berto Pol ignoraba que Verina, aquella mujer que se parecía tanto a María Balboa, contara con que él estuviera allí, tan cerca y tan lejos, al paso de una cortina de hojas. El maestro llevaba bien aprendidos los versos que él mismo había juntado paseando por las riberas del Burbia al atardecer, que era cuando mejor le salían. En cada noche de ronda le regalaba a Verina una trova diferente. De no ser así, defraudaría un amor cada día más auténtico y extraño.

Berto Pol fue también poeta desde aquel verano en que cumplió los setenta y tres años, nunca se lo hubiera imaginado. Cuando leía sus versos a media voz en la higuera, con peligro de su integridad física, amparado en la soledad del emplazamiento de la casa de Verina y Alejo Alfoz, se sentía más que nunca en su vida bueno, inútil y poderoso a la vez. “Estoy acariciando el corazón del mundo”, decía para sí, sentado en el interior sombrío del árbol. Allí dentro era libre. No percibía otro sonido que el pulso indefinible del bosque. La noche perdía su ritmo, se borraba ante sus palabras sentidas. Berto Pol perdía la visión aunque mantenía el equilibrio sobre las ramas. Verina, que le escuchaba casi llorando, perdía la memoria. El tiempo mismo se perdía por las alturas de la Sierra Bimbreira. Los lobos hacia San Fiz se perdían. El cura del pueblo se perdía por el breviario entre anís y melancolía. El alcalde se perdía entre las novelas de Galdós, que las tenía todas, y los tres hijos locos de Paco Gestoso se perdían hasta el siguiente amanecer no se sabe si por la casa, si por el monte o si por el valle general.

A Berto Pol, que era muy cauto, jamás le habían sorprendido en su trabajo del amor. Sin embargo, una noche de finales de agosto de 1955 pudieron más el corazón y los poemas del viejo maestro que el buen sentido común que mantenía alejada su ceremonia del conocimiento público. Aquella noche había un trasiego inusitado por la villa. Al médico don Secundino le había tocado la lotería y quiso celebrarlo con varios vecinos en la tasca de Abelardo Melezna. Berto Pol, que rechazó la invitación alegando vejez y achaques falsos, pensó en suspender la cita, más no olvidaba que aquel día era el cumpleaños de Verina y, también, qué casualidad, se cumplían cincuenta años desde la primera vez que vio a María Balboa al otro lado del mostrador del negocio de pan de la calle Clérigos de Lugo. Por esa coincidencia, o por ese amor ingente que sentía hacia las dos mujeres ahora, creyó de honor subirse también a la higuera que estaba tan cerca de aquella mujer que se parecía María Balboa.

Unos rapaces del pueblo escucharon los versos ardorosos del profesor. Rieron al descubrirlo y echaron a correr para contarlo todo en la

cantina. Berto Pol bajó de prisa del árbol y se escondió en su casa. Cerró todas las puertas y contraventanas. En los días siguientes no abrió a nadie ni contestó al cartero ni utilizó el fuego del hogar. Custodia, enterada de su marcha, iba cada mañana a dar de comer a las gallinas. Berto Pol a oscuras, escuchaba de cuando en cuando las carcajadas que como dardos fríos saltaban desde el camino cada vez que algunos vecinos del pueblo pasaban junto a *María Balboa*. Muchos lo hacían a posta, pensando que allí dentro estaba don Berto Pol, el hombre más culto y más bueno del pueblo, pero también el más loco en el criterio de casi todos sus vecinos.

El maestro reflexionó sobre su futuro y resolvió que no podía ya seguir viviendo en la villa. Lo suyo no era ningún delito, desde luego, pero acaso fuera todavía peor para quien vive en un pueblo pequeño. Tampoco se sentía capaz de dar explicaciones de asuntos tan privados. Una mañana Custodia encontró un sobre grande a su nombre sobre las jaulas de los conejos. Dentro había una carta para ella y otro sobre más pequeño con la dirección de un taxista amigo de Berto Pol que vivía en Villafranca. Custodia, tal como le pedía Berto Pol en su nota, llevó la carta a su destino.

Días después salió Berto Pol de su casa en secreto. Eran las cinco de la mañana de una noche de septiembre, la primera que vino de lluvia, tal y como le había indicado al chófer. Tomaron la ruta de Galicia. Atrás, en *María Balboa*, quedaba el tiempo más hermoso de su vida. Cuando pasó junto a la higuera y junto a la ventana -ahora cerrada- donde vivía aquella mujer joven que se parecía a María Balboa, sintió una gran tristeza, pero pronto, qué raro, se sonrió para dentro y comenzó a charlar de lugares comunes con el taxista, que era un hombre muy simple y despistado.

Quería morir en su pueblo. Buscó una fonda y en ella colocó varias carpetas con papeles y con su ropa nada más, porque las demás cosas ya no le importaban. Berto Pol pasó allí varios días, al principio emocionado por volver a estar sesenta años después entre las iglesias y las calles que de niño recorriera. No conocía a nadie, aunque los hombres de algunos rótulos de comercios le llevaban a los apellidos de los compañeros de la escuela

primaria, una retahíla que nunca olvidó: Abucide, Adiño, Alvar... Ahora serían ancianos como él, si es que no habían muerto ya. Ancianos felices, con sus nietos, su negocio con sucesores, sus raíces económicas clavadas en la misma tierra en la que nacieron. Él, que siempre había considerado miedosos y cortos de miras a aquellos amigos de la adolescencia que querían vivir siempre en la villa, y que no le comprendían en sus deseos de ver mundo y de habitar otras tierras, se veía ahora derrotado, como si hubiera apostado a un caballo perdedor.

A los quince días de su destierro, Berto Pol, ya más sereno y escéptico, comenzó a planificar su último trabajo, su muerte. Visitó al notario e hizo testamento. Dejaba su casa de Corullón al municipio. Con ello creía expiar con creces el episodio de su marcha del pueblo; asunto del que, en el fondo, se sentía orgulloso. Era el único recuerdo de su vida que, ahora, le hacía vibrar.

Una tarde le llamó el dueño de pensión donde estaba hospedado.

-Tiene una visita, don Berto.

Se levantó del sillón de mimbre. Estaba repasando su cuaderno de versos frutales del verano que ya había muerto. Nervioso, mientras ya escuchaba ruido de pasos por la larga escalera de roble que separaba su cuarto del portal de la fonda, se acicaló lo que pudo frente al espejo. Luego abrió la ventana para que entrara el aire fresco del día. En un instante pensó Berto en María Balboa, la mujer que había vivido en su imaginación tantos años. Si era casi milagrosa su fidelidad hacia aquella mujer a lo largo del tiempo, ¿por qué no tener derecho ahora a un milagroso encuentro en el último tramo de la vida; un encuentro que fuera la total demostración de que él, Berto Pol, frente al absurdo y frente a todo, había vencido en su guerra del amor?

Pero ya alguien tocaba con los nudillos a su puerta. Berto Pol accionó el viejo picaporte niquelado. Al otro lado de su cuarto, en la parte donde empieza el mundo imprevisible, estaba Verina, que en aquel momento era también María Balboa, incluso ahora que estaba muerta, y ella misma, claro,

Verina, que venía a decirle a Berto Pol, valiente locura, poderosa certeza, que quería vivir con él, ser su reina de los bosques, su torre de marfil, su refugio de la niñez, su consuelo de los afligidos, su viajera de la luz, su arca de la alianza, Verina.

